

Anoche las escuché otra vez, atropelladas e ininteligibles, nerviosas como una cautividad inexplicable. Yo estaba tumbado, con los ojos abiertos, blancos e invisibles en la oscuridad de la habitación. A veces llegaba desde la calle el rumor de un coche maniobrando y cuando finalmente se marchaba, perdiéndose su eco en un aura sonora demasiado lejana, o sus ocupantes salían sigilosos de él, quedaba yo de nuevo sumido en el más puro silencio de la noche y volvía a escucharlas. De hombre, de mujer, de niño pretencioso o en tono de reproche, cuchicheos, contundentemente autoritarias a veces y siempre irritantes, aquellas voces surgidas del más negro silencio de la noche me hablaban al oído sin yo poder entenderlas, formando un zumbido de misa mayor que a veces me hacía pensar que en lugar de llamarme hablaban entre ellas de mí.

La primera vez sólo escuché una. Me acosté de madrugada, apagué la luz y estiré piernas y cuello a lo largo de la cama, los brazos en el vientre y los ojos cerrados suavemente, párpados en descanso, mandíbula entreabierta, con la placentera sensación de estar a las puertas de un sueño delicioso. Entonces habló, desde detrás de mi cuello, como un aviso evitando que me entregara al sueño. No llegué a entender sus palabras. Fueron cortas y acabaron con mi nombre. La voz parecía un eco fugitivo rebotando en el cráneo, un sonido escuchado a lo largo del día que, postergando su desaparición, se había quedado alojado dentro de mí. Creí identificarla inmediatamente: era la voz de Matilde, una de las limpiadoras del ambulatorio que solía venir a mi consulta a apresurarme en dejarla libre para las tareas de limpieza. Asimilé tan estúpida asociación con una pasmosa naturalidad. No sólo no me pareció extraña la aparición de aquella voz, pese a lo exasperante de su presencia, sino que creí que lo más lógico era que perteneciera a una reminiscencia de la maleducada tosquedad de Matilde. De una forma u otra, no recuerdo bien cómo, pasado un rato me dormí, no sé si de aburrimiento o

cansancio. Al día siguiente no le di importancia alguna a lo sucedido, podía tratarse perfectamente de algún tipo de confusión sensorial, de naturaleza no muy clara, del estilo de las que le hacen a uno mirar a través de la mirilla después de escuchar un timbre que en realidad no ha sonado o, algo similar, de aquellos falsos sonidos tras los que alzamos la cabeza esperando un segundo tono del teléfono.

Con el tiempo aparecieron otras voces distintas, como si se congregaran curiosos alrededor de un hombre accidentado en la calle, cruel morbo en ristre, sin la más mínima intención de prestarle socorro alguno. Percibía sus rápidas frases perderse en algún punto del vacío de mis oídos imaginarios sin haber sido comprendidas. Alguna vez me pareció sentir alguna carcajada. Aparecían siempre por la noche, como venidas de la nada más absoluta y remota al absoluto vacío de la oscuridad y el silencio, y me velaban, no en silencio, sino hilando un zumbido negro en del que a veces, como una aguja, saltaba un comentario más alto que otro para de nuevo sumergirse en el tejido sonoro del que provenía.

El bisbiseo solía impedirme dormir adecuadamente, de modo que traté de adaptarme a él, incluso de utilizarlo como modo de entretenimiento en las horas de insomnio, inventando algunos juegos. Me colocaba el borde de la sábana a la altura de los ojos para poder ver en la habitación oscura y a la vez esconderme de aquellas voces que, si bien ni existían ni parecían tener ojos, demostraban una presencia rotunda en el silencio nocturno. De ese modo esperaba, tratando de no ser descubierto, hasta escucharlas; y así intentaba captar sonidos al vuelo para llegar a encontrarles significado, quizá una razón de ser al parloteo, quizá un motivo por el que estar en mi habitación en mis horas de sueño. Imaginará usted que nunca tuve éxito, yo nunca tuve éxito.

El lunes pasado, cuando todavía podía hacer algo por mí mismo, decidí poner fin a esta burla. Permanecí despierto hasta altas horas de la madrugada; vencí el aburrimiento con una sobredosis de televisión, jugando solitarios con una vieja baraja francesa en la que faltaban el dos de corazones y dos de los comodines. Cuando ya me resultaba imposible mantener la cabeza recta, me fui a la cama, apagué la luz y dormí. Fue así de fácil.

Durante toda la semana he sido capaz de permanecer en el más puro silencio lo que, si bien podría considerarse un logro, no es más que un clavo sacado con otro: el desvelo de la noche del lunes hizo que el martes fuera incapaz de oír el despertador y que mis horas de sueño se postergaran hasta bien entrada la tarde. Con el sueño cambiado, he pasado toda la semana durmiendo periodos de tres o cuatro horas máxime, llegando tarde a la consulta con el consiguiente enfado de los pacientes, y jugando desvelado al solitario con una baraja incompleta. Así fue hasta anteayer, cuando recuperé mi estimado ritmo de vida.

Pero anoche las escuché otra vez. En tropel, con sus lenguas inventadas más largas y enredadas que nunca me embutieron en su extraña conversación. Decidí huir. En mitad de la noche, sin permitirme el lujo de tomarme un tiempo para vestirme, caminé hacia el centro, semidesnudo, congelado en el frío nocturno del otoño, buscando en vano por la noche el bullicio diurno de la ciudad. Recuerdo que había gente que me miraba extrañada, me pareció que rayando en el miedo, pero yo no reparé en dar explicaciones. No estoy loco. No iba a contarle a ningún desconocido que mi singular situación se debía a unas incómodas voces que yo mismo imaginaba. Pasado un rato me sorprendió descubrir que iba pensando en voz alta, que mis ideas se materializaban a través del habla en palabras que yo, caminando solo, pronunciaba sin ser consciente.

Pero no le di importancia alguna. ¿Quién no se ha ruborizado alguna vez al verse farfullando monólogos reflexivos en plena calle?

Tres horas más tarde volví a la casa. Seguía siendo negro el cielo, pero esta vez en mi casa reinaba la más absoluta calma. Sin encender ninguna luz entré en mi habitación y me tiré en la cama. Boca arriba, párpados abajo, atento a los más mínimos ruidos: el lejano frigorífico, el crujir de viejo mueble, pasos en la calle, el rumor del motor de un coche; pero los grifos no goteaban y no había voces que hablaran. Las esperé durante horas pero no llegaron. Quizá, sintiéndose abandonadas, habían salido en mi busca, perdiéndose en el complejo entramado callejero de la ciudad.

Desde anoche no he vuelto a escucharlas. Tampoco he podido conciliar el sueño pese a haber pasado horas y horas en la cama, en el vacío negro de mi habitación, aterrorizado en secreto por el profundo silencio de la noche.